

Autora: Mariana Ingold

Dirección de colección: Malí Guzmán

Corrección de estilo: Malí Guzmán

Editor: Julio Brum

Corrección editorial: Laura Zavala

Ilustración y diagramación: Gabriela Perrone

el planeta sonoro



mariana ingold

ilustraciones de

Gabriela Perrone

En un planeta muy, pero muy lejano, vivía una niña llamada Orejana.
Era distinta a los demás niños de su planeta.

Orejana sabía que era diferente porque todos la miraban:
tenía unas orejas muy, pero muy grandes.
Ella se sentía muy rara ya que nadie en su planeta tenía orejas grandes.
No solo no las tenían grandes sino que ni siquiera tenían orejas.

Sí, así como lo oyen, ¡nadie tenía orejas!
Y es por eso que no sabían por qué una niña tan bonita
tenía esas cosas tan raras que le salían a los costados de su cabeza.
Nosotros las llamamos orejas,
pero ellos ni siquiera tenían un nombre para aquello tan extraño.

¿Y saben por qué no tenían orejas en ese planeta?



Por una razón muy particular: allí no había sonidos para escuchar.

Los pajaritos no cantaban,
la lluvia no sonaba,
la gente, ni una palabra,
y no sabían qué era cantar.
Los perros no decían ni "guau",
los papás y mamás no rezongaban,
las gallinas no podían cacarear,
no había truenos,
las vacas no mugían,
y tampoco existía la risa.

Nada, pero nada, sonaba.

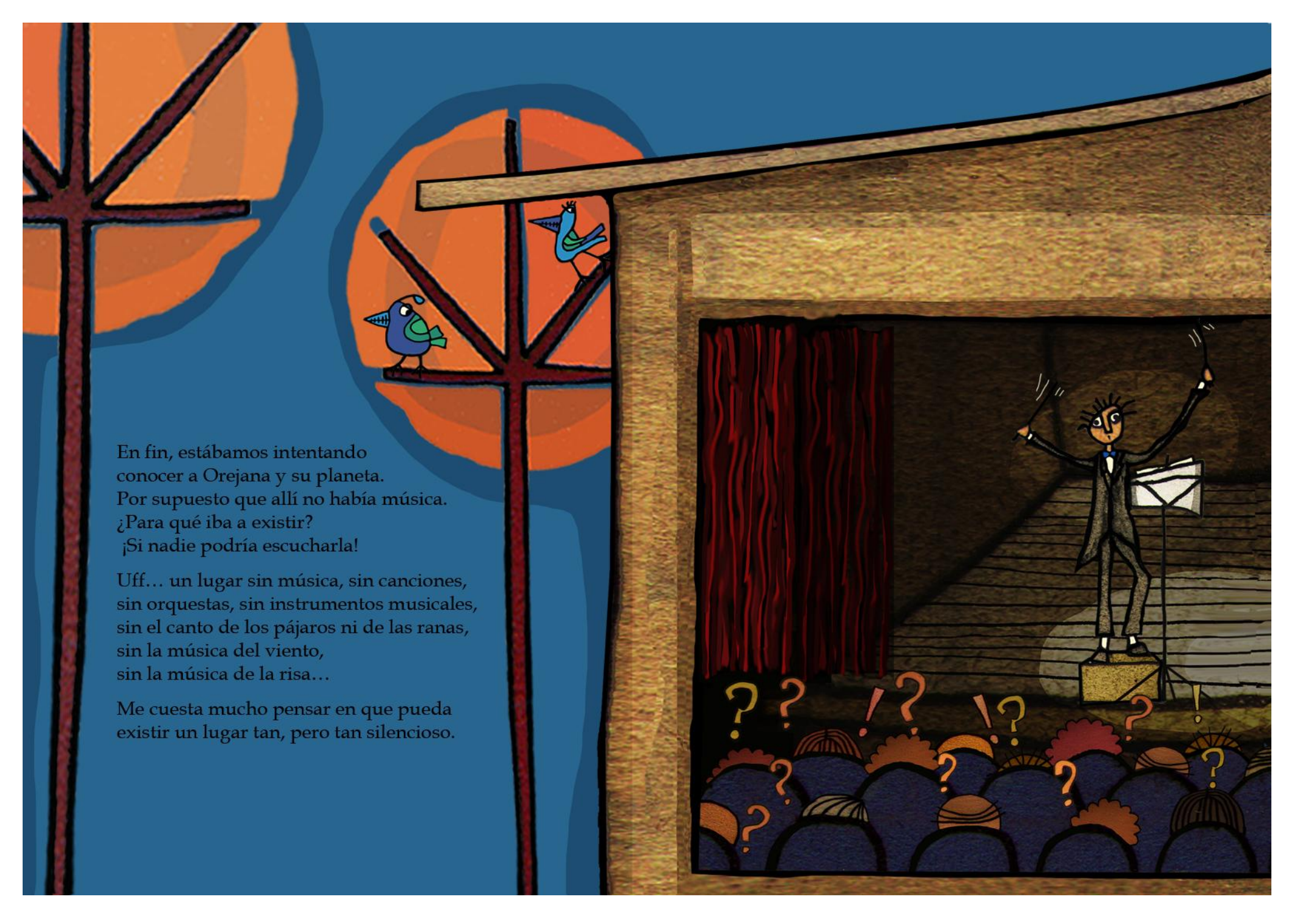
¿No es lo más raro que hayan escuchado?
Yo ni siquiera puedo imaginármelo
porque como en nuestro planeta todo suena,
es difícil pensar que pueda existir
un lugar sin sonido.



¿Y cómo se comunicaba aquella gente?
Pues con las manos, con los brazos, haciendo gestos.
Parecido al idioma que usan las personas
que no pueden escuchar, pero no igual.
Porque acá esas personas pueden sentir las vibraciones
de lo que suena, las sienten en su cuerpo.
Las ondas del sonido rebotan en las cosas,
algo así como si las ondas les hicieran cosquillas.
Es su forma de oír.
También pueden leer los labios de alguien que está hablando.

Pero en aquel lugar, como nada sonaba,
esas cosquillas no existían.
Bueno, en definitiva, lo que quiero explicar es que el planeta de Orejana
parece ser muy, pero muy difícil de imaginar para nosotros.
Como si fuera una película muda.





En fin, estábamos intentando
conocer a Orejana y su planeta.
Por supuesto que allí no había música.
¿Para qué iba a existir?
¡Si nadie podría escucharla!

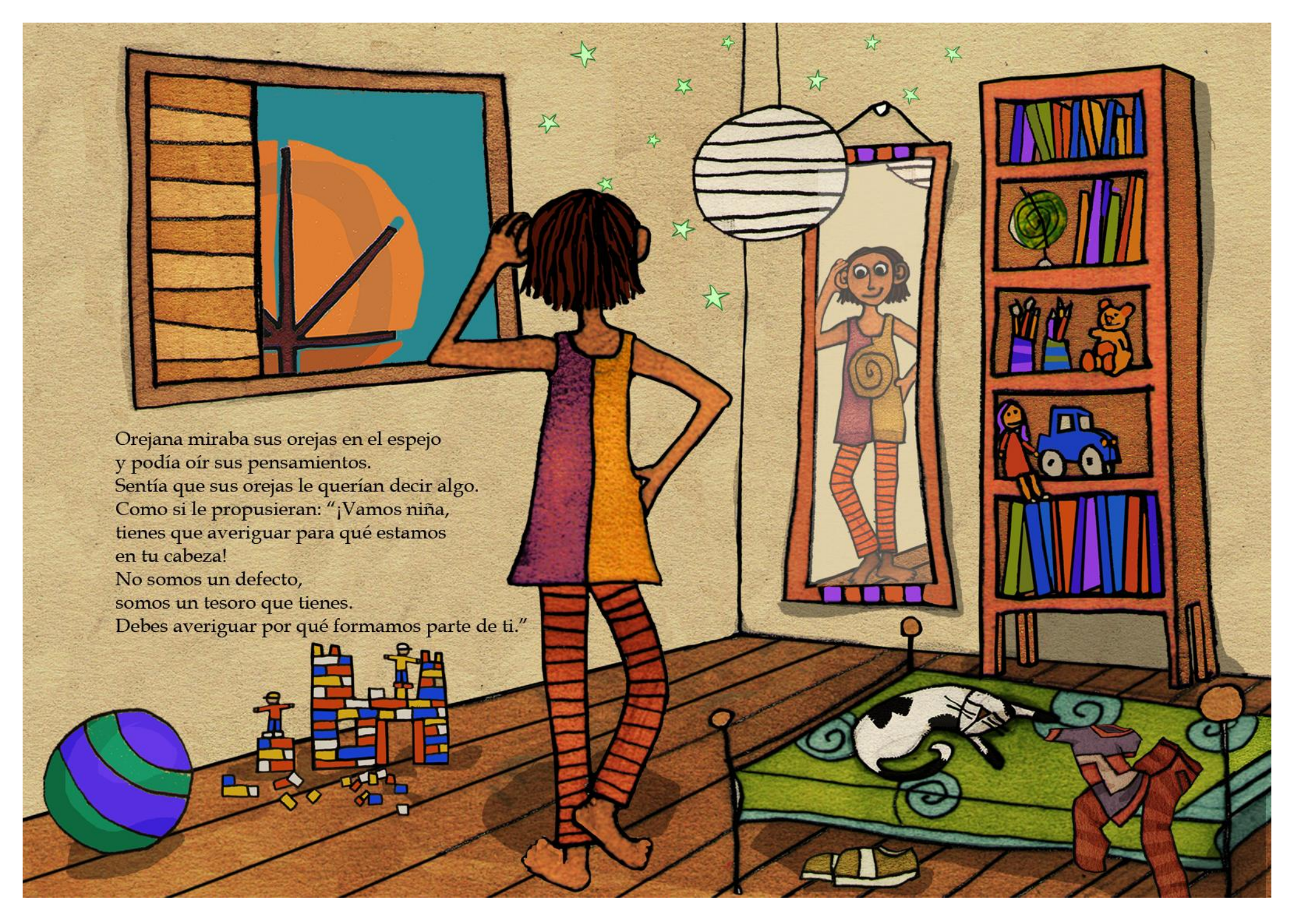
Uff... un lugar sin música, sin canciones,
sin orquestas, sin instrumentos musicales,
sin el canto de los pájaros ni de las ranas,
sin la música del viento,
sin la música de la risa...

Me cuesta mucho pensar en que pueda
existir un lugar tan, pero tan silencioso.

Sigamos con Orejana.
A ella le gustaban sus orejas.
Sentía que eran hermosas,
a pesar de que todos la miraran con cara sospechosa.

Ella sabía que sus orejas eran mágicas.
Estaba convencida de que algún día
descubriría con ellas algún misterio,
quizás maravilloso.
Algo en su interior le decía
que por ser la única en tenerlas
era ella quién debía averiguar
para qué podían servir aquellas orejotas.





Orejana miraba sus orejas en el espejo
y podía oír sus pensamientos.
Sentía que sus orejas le querían decir algo.
Como si le propusieran: "¡Vamos niña,
tienes que averiguar para qué estamos
en tu cabeza!
No somos un defecto,
somos un tesoro que tienes.
Debes averiguar por qué formamos parte de ti."

Un día, como tantos otros, fue a visitar
a un árbol muy grande y hermoso que era su mejor amigo.
Le gustaba sentarse debajo del Gran Árbol
donde se posaban muchos pájaros.
Era una niña muy tímida
y aquel árbol era como su amigo protector.
Ella podía comunicarse con él.
Sentía que ese ser tan maravilloso la comprendía
aunque ninguno de los dos pudiera hablar.



Ella, sin saber cómo, lograba contarle lo que sentía.
Y aquel árbol, también a su manera,
la entendía y la hacía sentirse bien.
Sin palabras le explicaba
que ya llegaría el día en que
todo resultaría claro para ella.
Le decía que no se preocupara
y que tuviera paciencia,
que la recompensa estaba cerca,
bien cerca,
tanto que se encontraba
justo adentro de sí misma.

Eso era lo más importante:
que todas las respuestas estaban en su interior.
Le insistía en que allí, bien escondido, estaba su tesoro.
Y ella le creía, buscaba dentro de sí misma, en silencio.

Algo le aseguraba que la magia viene de allí, desde el centro mismo de cada uno.
En esos momentos se sentía feliz, muy segura, y no se sentía sola.
Todo lo contrario, sentía que el universo entero la acompañaba
en ese viaje a su interior o mejor aún: que dentro de sí misma estaba
todo el Universo.

Y si eso era cierto, como creadora de ese Universo desde allí podía,
a su vez, crear cualquier cosa. ¿Pero, qué es lo que Orejana quería crear?

En aquel silencio total Orejana se quedó dormida debajo del Gran Árbol.



Comenzó a soñar que volaba por el espacio, volaba en busca de una respuesta.
Volaba buscando entender el misterio de sus orejas.

En el sueño se fue acercando a un planeta muy parecido al suyo y cuando estuvo bien cerca decidió bajar en él. Lo recorrió todo en poco tiempo ya que no era muy grande, y porque en los sueños uno puede viajar rápidamente y verlo todo a la vez. No encontró a nadie con sus orejas.

Todos allí la miraban extrañados igual que en su hogar. No había nadie igual a ella así que decidió seguir su viaje. No era allí que encontraría respuestas.

Viajó por el espacio sideral sin encontrar a nadie igual. Bajaba en distintos lugares.

Encontraba gente diferente, más altos, más bajitos, con pieles de diferentes colores, con cabelleras diferentes, pero nadie parecido a ella.

El clima de cada lugar era un poco diferente, los animales algo distintos, las plantas eran algo distintas también.

Pero algo faltaba en todos estos lugares por los que pasaba.

Faltaba alguien parecido a ella.

Y era lo que Orejana buscaba.

Encontrarse con algún ser que tuviera orejas igual que ella.





Un día, luego de haber recorrido muchos lugares Orejana bajó en un planeta muy extraño, muy, pero muy lejos de casa. Allí el cielo no era celeste sino rosado, las nubes no eran blancas sino verdes y la luz venía de un sol azul y no amarillo como el nuestro.

Orejana encontró un lago y se sentó a la orilla a descansar. Comenzó a mirar su imagen reflejada en él. El agua del lago era de distintos colores. Parecía que a un pintor se le habrían caído todas sus pinturas allí. Estaba mirándose en el espejo del agua coloreada cuando de pronto apareció alguien a su lado, como por arte de magia. Ella lo veía en el agua. Sentado a su lado había alguien con unas orejas igualitas a las de ella. ¡Vaya sorpresa!, ¡y cuando menos se la esperaba! ¿Notaron que cuando no se espera nada, puede suceder cualquier cosa?

Las mejores cosas suceden cuando no se las está esperando. Las sorpresas son así. Aparecen como por arte de magia. Bueno, y así sucedió.



Este ser que surgió de repente, le hizo saber a Orejana que su nombre era Orejón.
Estuvieron un rato viéndose en el agua. ¿Cuánto rato?
No puedo decirlo porque cuando esas cosas mágicas suceden, el tiempo no corre.
Se detiene y uno puede estar allí tanto como quiera
sin que la aguja de un reloj se mueva siquiera un segundo.

¡Mientras se miraban en el agua pasaron tantas, pero tantas cosas!
Era como si recordaran que se conocían.
Viajaron por el espacio juntos, jugaron,
danzaron en distintos lugares de una belleza indescriptible.

Hasta que en un momento un pez saltó del el agua
y la cantidad de círculos concéntricos que creó
hizo casi desaparecer la imagen de los dos.
Ambos perdieron su forma.
Hasta parecía que eran solo uno.



Cuando Orejana levantó la vista y miró hacia su lado ya no había nadie.

¿Todo había sido su imaginación? ¿O se trataría de un ser que vivía dentro del espejo del agua?
¿De verdad todo aquello tan lindo no había ocurrido jamás?

No, tuvo la seguridad de que aquel ser sí existía, solo que no habitaba en ese lugar.

Algo le decía que lo encontraría en otro sitio.

Tal vez vivía en varios lugares a la vez.

Si era así, un día ella lo encontraría en alguno de esos sitios.

Y seguro que su próximo encuentro sería igual de mágico.

Solo desde la magia podía encontrarlo. Esa seguridad le dio mucha paz.

Con esa paz profunda y esa seguridad,
continuó su viaje por el espacio, sintiendo la presencia de aquel ser.
Si hay uno igual, tal vez haya muchos más, pensaba ella.

Orejana le hacía mucho caso a lo que sentía.

El Gran Árbol le había enseñado a confiar en su intuición.

¿Vieron cuando uno tiene seguridad de algo pero no sabe por qué lo sabe?

Bueno, eso le pasaba a Orejana.

Entonces se dejaba guiar por lo que su intuición le indicaba.

Ahora tenía esa seguridad, confiaba en que muchos eran iguales a ella

y que había un secreto para descubrir entre todos.

Sabía que tenía que encontrarlos, uno a uno.

Sabía que tenían que reunirse.

Comenzó a verlos en su imaginación y a escuchar sus nombres.

Parecía como que estaban presentándose ante ella y unos a otros.

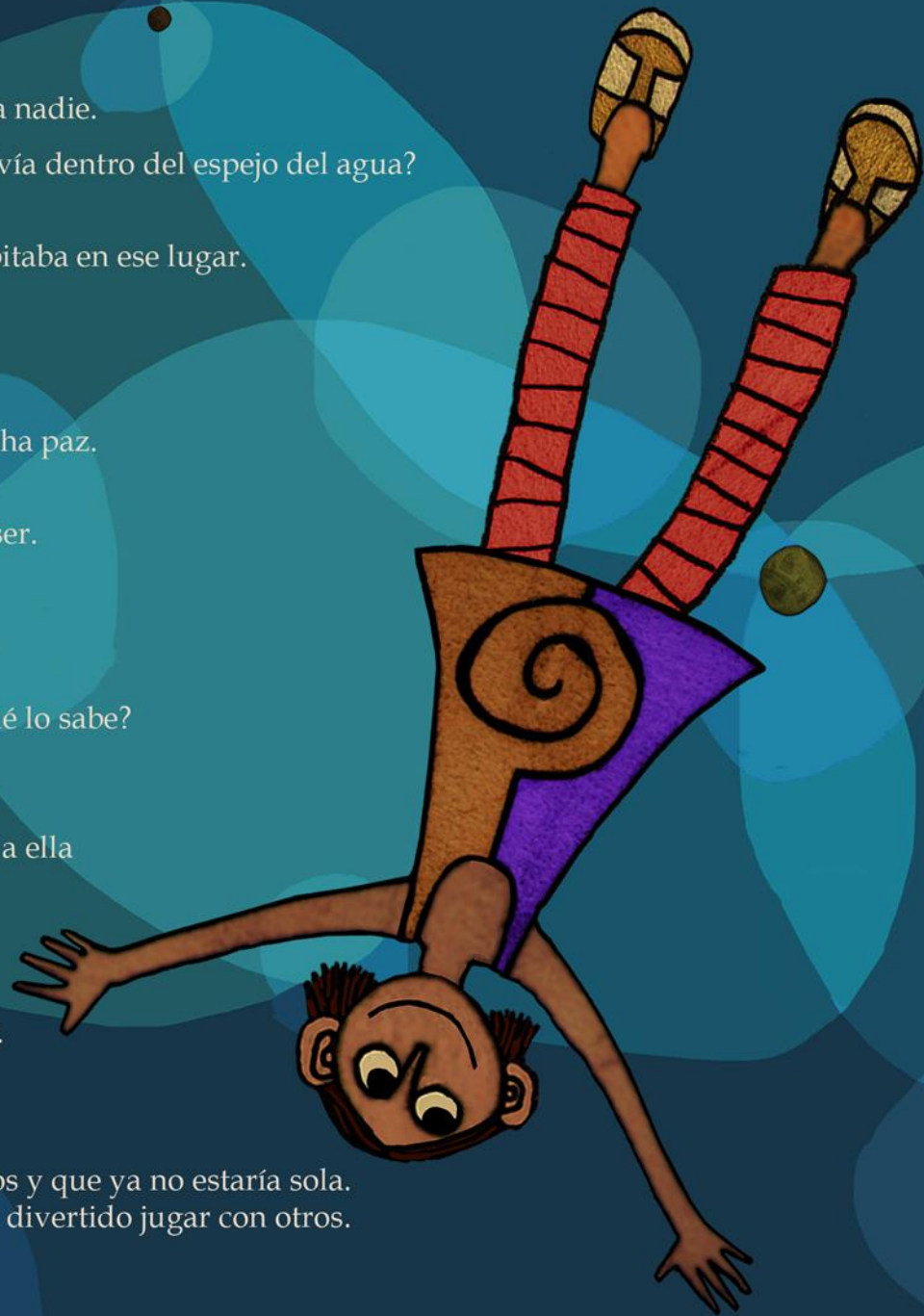
Allí vio a Orejín, a Orejuda, a Orejita y a muchos más.

Sintió que aquella era su familia.

Ya comenzaba a amarlos, como si los conociera de siempre.

Supo que había un lugar donde pronto podrían jugar todos juntos y que ya no estaría sola.

No porque se sintiera triste de estar sola, sino porque también es divertido jugar con otros.





Aquella sensación crecía
mientras volaba por el espacio.
Sentía todo aquello en su interior
y un amor muy grande se instalaba en su corazón.
Ese amor fue creciendo y creciendo.
Parecía que su cuerpo era muy pequeño
para sentir tanto amor.

De pronto comenzó a sentir
algo completamente nuevo.
Algo que ella jamás había sentido,
pero a la vez era algo conocido para ella.
Algo que nunca había podido explicarle a nadie,
porque no encontraba cómo hacerlo.
Esa sensación que brotaba en su interior
empezó a ser cada vez más fuerte.
Empezó a sentir que
su cuerpo vibraba cada vez más.
Algo lejano la llamaba.
Pero era también algo
que la llamaba desde adentro.

Raro, muy raro,
pero a la vez muy, pero muy agradable.
Una sensación hermosa.
Como si la magia le enviara señales
para que ella las siguiera.

Voló por el espacio
como guiada por aquella vibración
que se hacía cada vez más fuerte y placentera.
Su corazón estaba agitado
y comenzó a sentir una felicidad tan grande
que no cabía en aquel cuerpecito de niña.



De pronto vio un planeta azul, hermoso,
y comenzó a sentir que aquel planeta la estaba llamando.
A medida que se acercaba sus orejas parecían bailar de gozo.
Danzaba por el aire.
Su cuerpo livianito no paraba de moverse.
Parecía que buscaba con sus orejas
distintas llamadas que venían de todas partes.
Y eran tantas, tantas...

Ya no eran solo llamadas de su interior.
Ahora el silencio había desaparecido.



Aquel silencio que la acompañó tanto tiempo finalmente le dejaba lugar al sonido.
Y la magia desplegó todo su esplendor.

Escuchó a los pájaros por primera vez, escuchó a las vacas mugir,
escuchó los truenos de una tormenta lejana, escuchó a la lluvia caer,
a las ranas croar, a los aviones, escuchó a la gente hablar
y comunicarse de una manera que ella no conocía.

Todo casi al mismo tiempo.

Como si todo lo que había visto con sus ojos
en su corta pero larga vida, ahora lo pudiera oír.



Y de pronto... ¡la música!

Sí, señores, La Música.

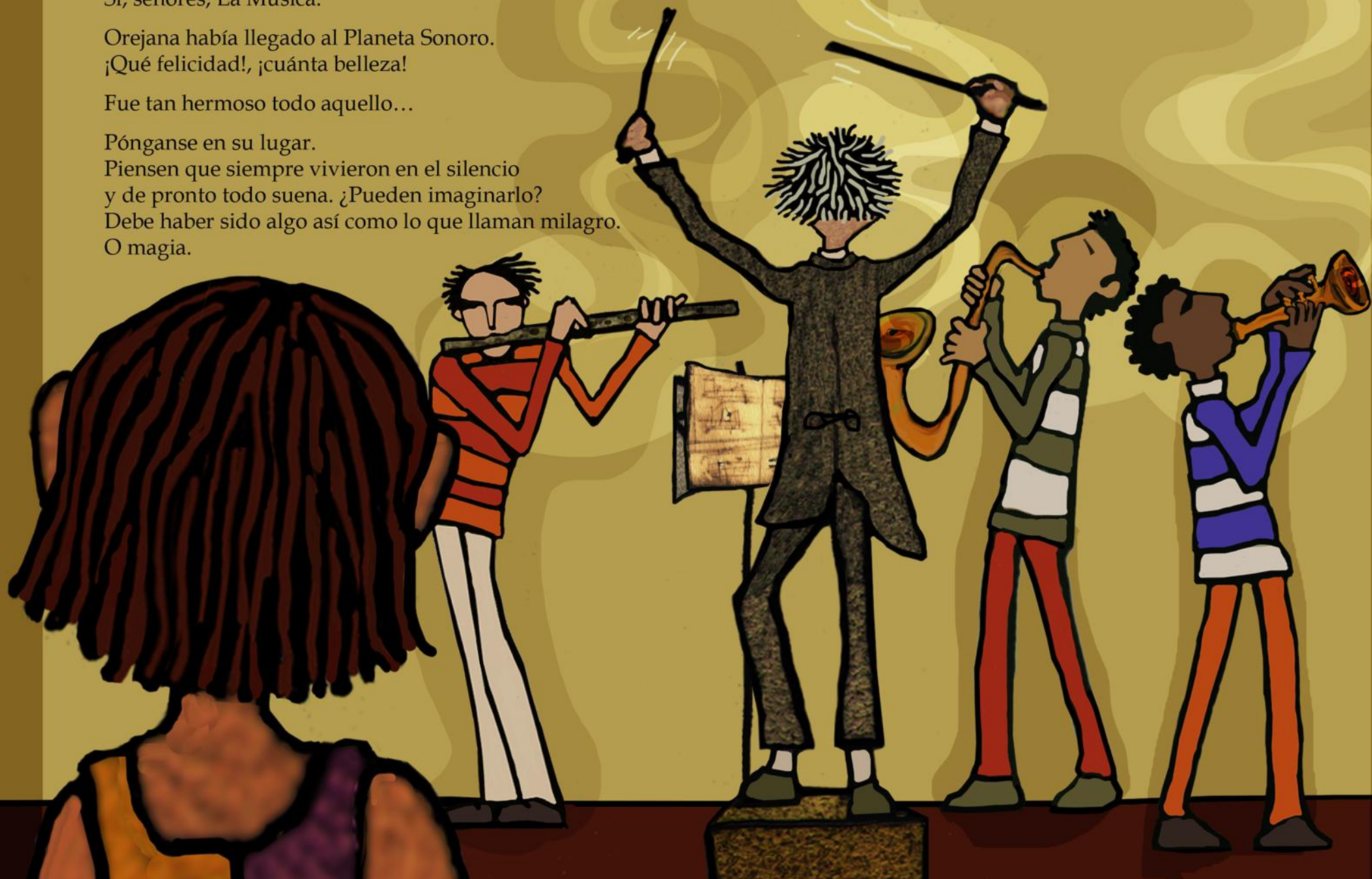
Orejana había llegado al Planeta Sonoro.
¡Qué felicidad!, ¡cuánta belleza!

Fue tan hermoso todo aquello...

Pónganse en su lugar.

Piensen que siempre vivieron en el silencio
y de pronto todo suena. ¿Pueden imaginarlo?

Debe haber sido algo así como lo que llaman milagro.
O magia.



De pronto, mientras estaba maravillada escuchando todos los sonidos a su alrededor y cuando menos se lo esperaba, despertó.

Otra vez, cuando menos se lo esperaba. Las cosas suceden así, por eso lo mejor es no esperar nada. Como les decía, de pronto, en medio de todo aquel sonido, Orejana despertó.

Porque ¿se acuerdan que Orejana se había quedado dormida debajo del Gran Árbol, su mejor amigo, en aquel planeta donde nada sonaba?

¿Ustedes se acordaban?

Porque yo ya casi me había olvidado de que ella se había dormido y que todo esto, seguramente, no fue más que un sueño.

Ahora, al despertarse, otra vez se sentiría rara por tener orejas tan grandes y ser diferente a todos quienes la rodeaban. ¡Qué tristeza! Descubriría que aquello tan lindo solo lo había soñado.



En fin, aunque me resulte triste, sigo con el cuento.
Orejana despertó.
Y claro, estaba debajo de aquel árbol.
Se quedó como mareada durante un rato
porque el sueño había sido tan real
que no parecía en verdad un sueño.

¿Nunca les pasó eso de despertarse
y quedarse como confundidos un rato porque venían soñando
con algo que parecía real y de pronto se cortó?
A mí me sucede muchas veces.
En esos casos no sé si estoy despierta o soñando.
A veces me parece que sueño despierta y otras veces
me parece que sueño que estoy despierta y sin embargo
estoy dormida y soñando. Otras veces me parece
que entré en el sueño de otra persona y me encuentro
con esa persona en su sueño. ¡Ufff... es todo un lío!
Es que eso de estar dormido y estar despierto
no es tan simple como parece.
A veces es una cosa y parece otra,
¿no creen?



Bueno, pero volviendo a Orejana...
Por un momento se sintió triste al ver
que su hermosa aventura había sido un sueño.
Pero ese momento no duró mucho.
Porque algo mágico sucedió, otra vez,
cuando menos se lo esperaba.

Sucedió que los pájaros que se posaban
en el Gran Árbol estaban cantando.
Sucedió que el viento estaba silbando,
sucedió que se oían risas a lo lejos
aunque no se veía a nadie.

JUA
JA
JA

JE
JE
JE

JO
JO
JO

Ji
Ji



Sucedió que pasó un perro ladrando
a unas gallinas que cacareaban como locas.
Sucedió que pasaron unos caballos al galope,
y que el galope sonaba fuerte, fuerte...
¡era tan bonito!
Y sucedió algo aún más maravilloso...

¡A lo lejos sonaba una música tan agradable, tan bella!
Era tan placentero escucharla...

Pero ¿piensan que eso fue lo mejor?
¡Claro que no!



Cuando comienza el placer ya nada puede detenerlo.
Además de la música maravillosa que se escuchaba, allí venían sus amigos a buscarla.
Orejón, Orejín, Orejuda, Orejota y muchos, muchos más.
La llamaban por su nombre: "¡Orejana, Orejana!"

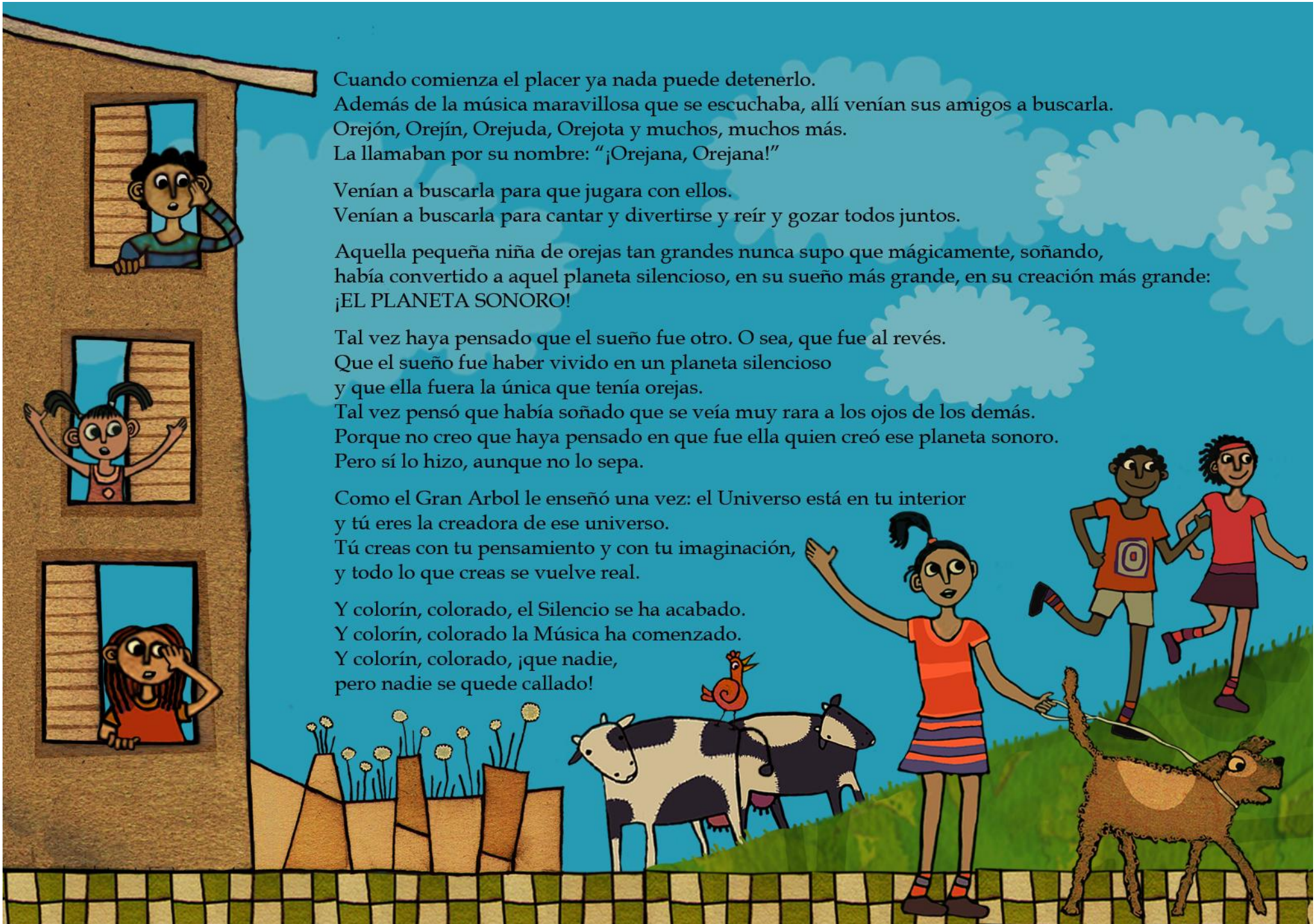
Venían a buscarla para que jugara con ellos.
Venían a buscarla para cantar y divertirse y reír y gozar todos juntos.

Aquella pequeña niña de orejas tan grandes nunca supo que mágicamente, soñando,
había convertido a aquel planeta silencioso, en su sueño más grande, en su creación más grande:
¡EL PLANETA SONORO!

Tal vez haya pensado que el sueño fue otro. O sea, que fue al revés.
Que el sueño fue haber vivido en un planeta silencioso
y que ella fuera la única que tenía orejas.
Tal vez pensó que había soñado que se veía muy rara a los ojos de los demás.
Porque no creo que haya pensado en que fue ella quien creó ese planeta sonoro.
Pero sí lo hizo, aunque no lo sepa.

Como el Gran Arbol le enseñó una vez: el Universo está en tu interior
y tú eres la creadora de ese universo.
Tú creas con tu pensamiento y con tu imaginación,
y todo lo que creas se vuelve real.

Y colorín, colorado, el Silencio se ha acabado.
Y colorín, colorado la Música ha comenzado.
Y colorín, colorado, ¡que nadie,
pero nadie se quede callado!





este es el planeta sonoro
escucha cómo suena
escucha cómo canta el coro
este es el planeta sonoro
escucha cómo suena todo
suena el viento, suena el río
por el aire va el sonido

suenan ranas y tranvías
suenan dulces melodías
este es el planeta sonoro
escucha cómo suena
escucha cómo suena todo
este es el planeta sonoro
donde el sonido es un tesoro

